La Novela Sugestiva



HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

50 CTS

FERNANDO DE LA MILLA

La invitación al incesto

LA INVITACIÓN AL INCESTO

La Novela Sugestiva

LA INVITACIÓN AL INCESTO

por

FERNANDO DE LA MILLA

Ilustraciones de
SEGURA

13

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



Por la ventana abierta se oía una insistente tocata de clarines.

Edouard:

—¿Cuándo es la fiesta?

—La del pueblo ya ha pasado — respondió Ivonne.

—¿Entonces...?

—Están ensayando para la de Torville. Por lo visto allí no es posible improvisar una banda de cornetas, y van los de aquí.

Jean apartó *La Petite Gironde* que había estado hojeando, y contestó desabridamente:

—Ya podían irse a ensayar a Torville. ¡Me atacan los nervios!

—A mí, no tanto—siguió Edouard—. Pero, desde luego, no es muy divertido.

Hacía una semana que Edouard había llegado

de París a pasar un mes con sus hijos. Era final de julio.

—¿Dónde piensas pasar el resto de las vacaciones—le preguntó Ivonne.

—No sé. No sé. No tengo plan.

Jean, el hijo:

—Ya irás a jugarte unos miles en algún sitio caro.

—Es muy posible. Ya sabes mi lema: «Cumplidos tus deberes, el resto que se lo lleve el diablo.» Yo he cumplido los míos. Tienes tu carrera. La fábrica de harinas te produce para vivir y ahorrar. ¡Egoísta! ¿Qué más quieres de mí?

—Nada, papá. Eres muy dueño de hacer lo que quieras.

—Indudablemente.

Ivonne intervino:

—Claro, Jean lo dice porque quisiera retenerte a nuestro lado hasta el otoño.

—Pues quién sabe... Ya he dicho que no tengo plan. Aquí se pasa muy bien, indudablemente.

—Sólo que te aburres.

—No. Pero acostumbrado a aquel ajetreo de París... Llega uno con la ilusión del reposo absoluto y luego...

Ivonne, riendo:

—No la enmiendes, que es peor, querido suegro.

Edouard—alto, macizo, de anchas espaldas—sonrió, y se acercó al ventanal abierto.

—Lo mejor será que no me hagan ustedes caso.

Y, después de una pausa:

—¡Hace una noche hermosísima!

Succionó voluptuosamente el suntuoso habano, y dijo:

—Soy un comilón incorregible. He comido bárbaramente. No debiérais dejarme comer tanto.

Ivonne:

—Si es que goza una viéndote comer. ¡Sensual empedernido! ¿Quieres bicarbonato?

Mientras se lo preparaba:

—Prométenos quedarte aquí hasta la segunda quincena de agosto. Luego puedes distraerte por ahí hasta finales de septiembre. ¿De acuerdo? Conste que si no hay acuerdo no hay bicarbonato.

—Todas las palabras de honor que quieras. Pero mira que tengo fama de informal.

* * *

Otra vez en la ventana—a la que también la nuera se había acercado—, Edouard recordó:

—¡Cuatro años ya viniendo a Apremont! ¡Cuatro años, y parece que fué ayer cuando vine a vuestra boda!...

Y volviéndose a su hijo, que tamborileaba ahora, con los dedos, sobre la mesa:

—¿Qué haces, tú? Ven, acércate... ¡Es una delicia este aire del río!

—Estoy aquí bien.

Edouard forjó una sonrisa y dijo a Ivonne:

—Debe de hacerte sufrir mucho este gruñón. El matrimonio no le ha hecho cambiar. ¡Es terrible! Siempre descontento, siempre ensimismado... ¡Sal de ti, criatura! La naturaleza humana es un espectáculo lamentable. No te observes tanto. La vida, después de todo, vale la pena de vivirse.

—No todos podemos ser como tú—arguyó el hijo.

—Pero reconoce que no es fácilmente explicable que tú seas como eres. Tienes todo a lo que puede aspirar un hombre para ser feliz. Treinta y dos años, salud, dinero y una mujer inteligente y bella.

—¡Bravo, papá!—palmoteó Ivonne—. Decididamente, eres un hombre encantador.





la mañana siguiente Ivonne entró en el despacho.

—¿Quieres que te sirvan aquí el desayuno?

Y Jean:

—No. No desayuno.

—¿Estás malo?

—No. No tengo ganas, sencillamente.

Fingió enfrascarse en la búsqueda de unos papeles. Y como viera que Ivonne no recogía la alusión para que le dejara solo:

—¿Y mi padre? ¿Se ha levantado ya?

—Ya lo creo. A las ocho estaba en pie.

—Increíble.

Con lo que se refería a la costumbre de Edouard de levantarse tarde, como natural consecuencia de la otra costumbre de recogerse a las tantas.

—¿Qué hace ahora?

—Pasear. Me dijo que iría hasta Pont Etienne.

Ivonne no sabía cómo encauzar el diálogo ha-

cia el tema que a ella le interesaba de momento: el poco agrado con que el hijo parecía haber recibido al padre.

Fracasada en su designio de un viraje lento, habilidoso, casi imperceptible, formuló la pregunta francamente:

—¿Tienes tú algún motivo de resentimiento con tu padre?

—¿Qué dices?

—Perdóname... Me das la impresión de que te ha disgustado su llegada. Por lo menos, que no te ha sido muy agradable.

—No digas tonterías.

—No suelo decirlas.

—Ahora soy yo el que pide perdón... No quise decir...

—No te disculpes. En resumen: consideras mi suposición un desatino...

—Figúrate... Yo no soy un mal hijo. Lo que pasa es que, tú lo sabes muy bien, no soy muy extremoso en mis manifestaciones de afecto. Por lo demás, encantado de que pase unos días con nosotros.

Y al ver que ella sonreía incrédula:

—¿No te convences?

Ivonne no respondió, silencio que traducía perfectamente su incredulidad.

Al cabo, como salvando un nuevo riesgo:

—La verdad es que tienes muy poco de tu padre.

La observación irritó al marido. En una protesta franca. Sin el menor esfuerzo por disimularla o disminuirla..

—Es cierto. No lo puedo negar. Acaso tampoco tendría ningún deseo de ocultarlo. Tú, sí, en cambio, negarás que lamentas que yo no me parezca a mi padre.

—Naturalmente que lo niego. Te quiero como eres. Lo demás no me importa.

* * *

Mentía. Lamentaba, realmente, que Jean, su marido, no se pareciese a su padre. Pensando en el cual, a ella se le había ocurrido muchas veces: «¿A quién saldrá esa criatura?» Edouard, el padre... Un hombre de un raro poder de captación. El hijo... Puesta a ser sincera consigo misma... Pues bien, el hijo: un hombre francamente antipático. No que se lo fuese a ella. Pero no podía negar que le era antipático a todo el mundo o a casi todo el mundo. ¿Qué amargura había en el corazón de Jean? Aparentemente, ninguna. Hijo de un abogado famoso de París, su infancia... Verdaderamente, su infancia... Acaso ella justificaba su carácter triste y dolorido. Cinco años tenía el infeliz cuando murió la madre. Había sido, pues, la de Jean una infancia sin ternura. Los primeros años de la vida, entre criados... Luego, la larga estancia en el colegio. Después, la vuelta a casa. A casa... Porque ¿cómo decir la vuelta



El auto subía alrededor de un monte

al hogar? Otra vez en aquella casa sin madre, pesando sobre el chico con su terrible impresión de vacío, de desalojamiento. El padre, quizás en un egoísmo inconsciente, embriagado de fama, erigida sobre sus grandes éxitos forenses. Y como secuela infalible del éxito, el otro éxito, quizás más halagador, sobre la imaginación y la sensibilidad de las mujeres.

¿Podía formular Jean una queja concreta contra su padre? No. Era, o podía ser, una queja vaga, un lamento impreciso... También, posiblemente, injusto. ¿Iba a culpar a su padre de su temprana orfandad?

A los veinticinco años, obtenido el título de ingeniero, Jean se separó del padre para fundar la fábrica de harinas de Apremont. Su dirección inteligente, su actividad, habían hecho de la *minoterie* uno de los mejores negocios del Departamento. A poco de llegar a Apremont, sus amores con ella, con Ivonne, y la boda finalmente.

Cinco años de casados, durante los cuales, ella, mujer pasablemente razonable, había sido feliz. Feliz a pesar del raro carácter del marido, hombre reconcentrado, de pocas amistades, solo preocupado de su negocio. Bueno en el fondo, indudablemente. Pero planteando a todos los que bien le querían ese inconfortable problema de tener que llegar muy a lo hondo de su corazón para atisbar una cuerda sensible y bondadosa.

LAS cinco de la tarde. El tiempo ha enloquecido. No sabe lo que quiere. En pocos minutos truenos, relámpagos, frío, calor, cielo azul, granizo... El tiempo pesa. Pesa materialmente sobre los hombros. Como un fardo. Y enerva. Como toda actitud irresoluta.

Edouard se aburría, se fastidiaba soberanamente. Ivonne se lo dijo:

—No lo niegues. Tomarías el tren esta misma noche.

Y Edouard, sin convicción:

—Se aburre uno en todas partes. ¡Es terrible!

Otro abismo de silencio, quebrado por Edouard.

—¿Y Jean? ¿En la fábrica?

—Como siempre.

El suegro se dejó caer en una butaca.

—¡Pobre hijo mío! No puede ver a su padre.

Ella protestó instantáneamente:

—¡Oh! ¡Oh! No digas... ¡Qué espanto!

—Yo no me asusto de la verdad. Lo que es Jean puede decir tranquilamente: «Tengo un padre que no me hace maldita la gracia.»

—¡Qué ocurrencia! Jean te quiere mucho. Lo que pasa es que, como él dice, no es muy extremoso en sus demostraciones de afecto. No está bien que hables así. ¿Me permites que te riña?

Edouard vió una dulce humedad en los ojos de su nuera. Y la contempló un momento, bellísima, encendida de emoción, los labios ligeramente contraídos. Era un milagro de armonía, junto al quicio de la puerta, erguido el busto—soberbio—, los brazos cruzados por detrás.

—En fin, después de todo, tiene a quien salir. Tan estúpido como la madre.

Ivonne no pudo reprimir un gesto de malestar. ¡Aquel modo tan violento de hablar de la muerta! Y devino grave, con una gravedad que hizo más brillante el fanal luminoso de su frente. Y aunque no se tratase de un sér desaparecido... ¿Cómo se podía hablar así de la familia? No lo concebía Ivonne, pensando en la suya, tan unida, tan colaboradores todos sus miembros en la perpetuación del fuego sagrado del hogar.

Malestar y asombro le habían suscitado las palabras del suegro. Asombro, por dos razones: porque le consideraba un hombre bueno, leal, tierno, afectuoso, y aquellas crudezas expresivas la desorientaban en su concepto, y porque lo que acababa de oír suponía la revelación de una desavenencia conyugal de la que no tenía la menor noticia.

El se dió cuenta del mal efecto que su brusquedad había producido en Ivonne.

—Tú, por lo visto, no sabes... Yo no guardo muy buenos recuerdos de mi vida de casado. Gaby, mi mujer... ¿Quieres hacerte una idea de su carácter? Piensa en Jean... Uno de esos caracteres que parecen amargados de todo, cuando la vida, en cambio, parece haberse complacido en no negarles nada. Es decir, la vida le había negado a Gaby un mínimo de sensatez. Te juro que por entonces yo era un hombre razonable. No tenía más preocupación que mi carrera. Eso sí. ¡Ansiaba el triunfo angustiosamente! Después..., no lo niego, las mujeres se me han llevado lo mejor de mi aplicación y mi tiempo. Pues bien, mi mujer no me perdonaba mi inquietud, mis afanes, mis ambiciones, si quieres. Más aún: cada victoria que me veía lograr era para ella una causa profunda de disgusto. Y es que todo su ideal de bobalicona se cifraba en tenerme a su lado, haciéndome perder la vida en un intercambio interminable de puerilidades y simplezas. En los últimos años de su vida, no exagero, llegó a odiarme. A medida que yo iba avanzando en mi carrera, ella avanzaba en su rencor. Figúrate hasta dónde llegaría en su encono absurdo, que un día llegó a quemarme el original de un libro que ya tenía dispuesto para enviar a la imprenta. ¡Y fué

ella misma, ella misma quien con sus propios labios me lo dijo! «Para que sepas que a mí no se me hace sufrir impunemente! ¡Así aprenderás que yo también puedo hacerte daño!» Aun tuve paciencia para no golpearla. Eso fueron mis diez años de casado... El horror de una mujer que me odiaba de la peor manera que le pueden odiar a uno: estúpidamente, sin razón posible. Y Jean es como la madre... Un alma lóbrega, entenebrecida por no se sabe qué infundados celos contra todo el mundo. La única diferencia estriba en que él es inteligente y su pobre madre...

El relato había entristecido a Ivonne. No supo qué replicar. Ni en defensa de la madre ni del hijo.

Para ahuyentar de algún modo la violencia de la situación, propuso:

—Ya no llueve. ¿Por qué no vamos a buscarle a la fábrica?

* * *

A pocos metros de la casa estaba el río... Un rumoroso río de Francia, animador, por lo tanto, de un panorama dulce, blando, envolvente, como un paisaje de estampa infantil.

Por la orilla del río se dirigieron a la fábrica de harinas. Ella, alta, erguida, flexible, ligera, del brazo del suegro, jugueteando en los charcos con la punta del paraguas. El, corpulento, de andar firme y decidido, el sombrero en la mano, al viento la encrespada pelambre gris, comentando la

puerilidad del súbito entristecimiento de la nuera por el relato de sus desventuras conyugales...

Ivonne, de pronto:

—Mañana es la fiesta de Torville. ¿Por qué no vamos?

—Ya está dicho.

—A lo mejor no quiere Jean.

—No importa. Iremos nosotros.

—A mí me encantan estas fiestas de pueblo.

—A mí también.

Cuando llegaron a la fábrica, Jean salía. Y, como por ensalmo, la nuera y el suegro perdieron su recuperada jovialidad. Cerca del otro, ciertas recuperaciones tenían que ser necesariamente efímeras.





EAN llevaba el volante del *Chrysler*. Dentro, Edouard e Ivonne reían a carcajadas. Dijérase que, pues que iban a una fiesta, ya llevaban preparado un espíritu festero.

Edouard lanzaba al hijo bolitas de papel. Jean, esta vez, parecía de humor más tolerante y tolerable.

—¡Puedes disparar con balas, si quieres! ¡No pierdo el control de mis nervios, no te quepa duda!

Ivonne advirtió, deliciosamente alarmada:

—¡Basta! ¡Basta! ¡Le va a coger una desprevenido y vamos a estrellarnos!

El auto subía alrededor de un monte; la carretera en rampantes, como los de una torre de Babel.

—¡Estoy contento como unas Pascuas!—explotó Edouard.

—No puedes negarlo—reafirmó la nuera.

—¡Qué quieres! Yo soy así. Todo en mi vida se produce por explosiones. De alegría o de tristeza. Hoy, a fuerza de ligereza de espíritu, me siento casi aéreo, como disuelto en este magnífico nocturno de la Naturaleza.

—¡Bravo, *Maitre* Esménard!—le aclamó Ivonne—. ¡Ya salió el orador, el soberano artista!

Intervino Jean:

—¿Tú sabes por qué está tan contento el *papigre*?

—¡Claro que sí! Porque sabe que se va a ver rodeado de muchachas bonitas! Ahí es nada... ¡El ilustre *Maitre* Esménard, que se digna asistir a la fiesta de Torville! ¡Van a rifarte! ¿Has visto, Jean, lo guapo que se ha puesto?

—Tres horas acicalándose.

—¡Protesto! Admito que se me considere un viejo presumido. ¡Pero no una vieja presumida!

—No, no... Presumido es lo único que te llamo—rectificó Ivonne—, y no vas a negar la evidencia.

—¿Ni siquiera viejo?

—¿Con tus cuarenta y ocho años? ¡Un pollo! Lo dicho: vas a tener un éxito de locura. Te faltarán fuerzas para bailar con todas.

En esto llegaron a Torville. Dejaron el auto en una calleja próxima a la Place de la Republique, donde se celebraba la fiesta, en cuyo centro erigíase el tablado de la música. Las fiestas de pueblo son iguales en todas las latitudes: una plaza,

un quiosco o un tinglado central, desde donde se emiten sonidos más o menos desafinados, y dos circunsferencias alrededor de aquél. La primera móvil, constituída por los bailarines, y la segunda estática, formada, generalmente, por dámas que ya no pueden bailar y por caballeros a quienes las damas se lo prohiben. Solo varía la calidad de los protagonistas de la fiesta. En unos países, el pueblo es algo bronco, sucio y maloliente. En otros, se estiliza en una forma de decoro, en una posibilidad insistente de urbanidad y civilización. La misma palabra «aldeano» representa cosas distintas en latitudes diferentes. En Francia, por ejemplo, un aldeano es una individualidad asequible y dialogable. Y una aldeana joven, por lo general, una estatua fina y armoniosa, capacitada, casi siempre, para un tránsito inadvertible de la tosquedad de la aldea a los refinamientos de la ciudad.

Ivonne dió en el codo disimuladamente a su suegro y le dijo:

—Ahí viene el alcalde. Verás qué simpático y qué *verde*.

En efecto, se destacó de un grupo un señor de cabeza blanca y compactos bigotes clemenceaunianos.

—Buenas noches, messieurs... dame...

Ivonne los presentó.

—Monsieur Bidart, alcalde de Torville... Monsieur Esménard, mi suegro...

El alcalde se apresuró a evacuar el pequeño discurso preparado mentalmente en cuanto supo la presencia en Torville de *Maitre* Esménard.

—¡Ah, monsieur Esménard! Tengo un gran honor en estrechar la mano de uno de los más altos y más firmes prestigios de Francia. Acepte, mi querido *Maitre,* con mi salutación, la de todo el vecindario de Torville.

Ivonne observaba, sonriendo, a Edouard. De muy buena gana le hubiera deslizado al oído: «Eres deliciosa y conmovedoramente vanidoso.»

—Muchas gracias, señor alcalde, muchas gracias—repetía él, tal vez imaginando que el de Torville simbolizaba el homenaje de toda la población rural de Francia.

Como Jean e Ivonne tenían muchas amistades en Torville, muy pronto en algunos grupos se produjo un movimiento de espectación, al ser advertida la presencia del ilustre abogado.

—Señor alcalde—dijo riendo Ivonne—, Torville tiene fama de mujeres hermosas... y yo me veo en el apurado trance de hacerle saber que mi querido suegro se perece por las chicas guapas. ¡Ni más ni menos que como el señor alcalde de Torville!

—¡Cierto, cierto, por lo menos, en cuanto a mí respecta!—aprobó M. Bidart—. Después de todo, es muy natural que un viudo como yo tenga la flaqueza de querer distraerse... Cada uno va por su placer a donde sabe que ha de encontrarlo...



Mademoiselle Lespèce

Cierto también que «la flaqueza» del señor alcalde de Torville era un motivo popular en todo el cantón. Y aparte la censura—no muy acerba—de los enemigos políticos y alguna que otra familia aristocrática del contorno, todos consideraban su dulce manía con un sentimiento—muy francés—de tolerancia y benevolencia. Para todas las féminas tenía siempre una palabra amable, generalmente oportuna... Para absolutamente todas: distinguidas o populares, bellas o feas, graciosas o desgraciadas, honestas o fáciles. Lo mismo dentro del reducido ámbito de Torville—apenas cuatro mil almas—que en sus correrías por los pueblecitos cercanos. De regreso de alguno, comúnmente en bicicleta, florecían en sus labios tantos madrigales o intencionados decires como hijas de Eva se cruzaran en su camino. «Buenas tardes, *mon petit amour*. Ayer me encontré a tu novio y me ha dado permiso para que te diga todas las atrocidades que se me ocurran.» «Sin su permiso ya me las dice usted buenas, ya...» «Es que ahora me han concedido también censura eclesiástica...»

Y el buen alcalde galo—radical socialista—rubricaba el diálogo con una endiablada malicia de sus ojillos celestes, y seguía su ruta satisfecho, sobre todo, de la inocente burla final, reafirmación de su irreductible anticlericalismo.

Entre tanto, Jean se había puesto a bailar con mademoiselle Lespèce, hija de la señora farmacéutica, y la solicitud de Ivonne a M. Bidart para que fueran presentadas a su suegro unas cuantas bellezas de Torville fué atendida, naturalmente, por el señor alcalde, con tanto placer como apresuramiento.





ADEMOISELLE Lespèce—alta, delgada, nariz aguileña y terribles gafas de concha—era una criatura irresistiblemente simpática. Tenía fama de mala lengua y todos comentaban sus feroces libertades de expresión. En cuanto a lo primero, la fama era calumniosa. Porque si bien es cierto que mademoiselle Lespèce contaba, con mucho donaire casi siempre, historias libertinas de buen número de vecinos de Torville, no era posible negar que, contándolas, se apoyaba invariablemente en realidades por todos comprobadas. Se la podía culpar, en todo caso, de inconveniencia, si aceptamos que no es conveniente repetir verdades del dominio público. Así, pues, la única diferencia entre ella y sus amigas estribaba en que ella se complacía en recitar y sus amigas en ser su auditorio. En cuanto a sus libertades de expresión, justo es reconocer que en su comento

no había ni maledicencia ni hipérbole. Era una reputación, como vulgarmente se dice, ganada valerosamente a pulso.

Jean, terminado el baile, la presentó a su padre.

—Mademoiselle Lespèce, la farmacéutica... En pocos minutos te pondrá al corriente de todos los escándalos de Torville.

Con una gran reverencia la cínica muchacha aceptó como legítimo el atributo informador con que era presentada, y se ofreció sin ambages a justificarlo.

—¿Monsieur Esménard es curioso?

—Incorregiblemente curioso.

—Muy bien. Yo tendré mucho gusto en saciar su sed de malos informes.

La proposición fué saludada por una risotada general.

—Si le parece, empezaremos por Instrucción Pública. Ha de saber usted, señor abogado, que en este delicioso pueblecito de Francia hay tres escuelas: la maternal, la de niños y la de niñas. Es director de la de niños M. Pochard, treinta y seis años, guapo, moreno, simpático... Pero, ¡ay!, que, por desgracia, es devoto de la *Nouvelle Revue Françaisse* y tiene inclinaciones lastimosamente corydonescas... Sin circunloquios, señor abogado, el hermosísimo M. Pochar es un apasionado de las inversiones del sexo. ¡Lástima grande, monsieur Esménard, porque todas las señoras y señoritas de Torville estamos perdidamente enamoradas de M. Pochard! Hasta algunas llegamos a insinuar que esa triste *faiblesse* puede ser otro encanto. Pero lo más extraño, mi querido *Maitre,* es que, según malas lenguas, entre ellas la mía, madame Sicour, directora de la maternal, y mademoiselle Timmory, de la de niñas, han logrado ciertos favores del apolíneo institutor. Bien es verdad que él ha exigido como condición *sine qua non,* que las fiestas galantes se verifiquen en asamblea general. Quiero decir: los tres en el mismo lecho. ¿Es que M. Pochar promiscúa? ¿Es que está iniciando a sus distinguidas colegas en las, según algunas, dulcísimas prácticas lesbianas? *That is the question...*

Un coro general de risas y aclamaciones acogió la formidable desfachatez de la muchacha.

—¡Delicioso!

—¡Impagable!

Una señora alta, pintada como un cromo, y cara de viciosa, sentenció:

—¡Es la indecencia elevada a categoría de arte!

Una joven propuso:

—¡El caso de mademoiselle Lespèce!

—¡Ah, el caso de mademoiselle Lespèce!—recogió la nombrada—. Por si se le ha olvidado mi nombre, le recuerdo, señor abogado, que mademoiselle Lespèce soy yo.

Y dirigiéndose a todos los del corro:

—¿Quieren ustedes que hable de mí misma?

Pues bien, M. Esménard, ha de saber usted... Pero me permitirá que hable en tercera persona y así me hago la ilusión de que no hablo de mí... ¡Un truco como otro cualquiera para evitar que el rubor suba a mis mejillas!

Edouard reía con todo ello de muy buena gana. Su risa, pues, no debía nada a la galantería. Le era irresistible el efecto cómico de aquella espingarda, con tipo de sufragista joven, profiriendo tantos y tantos horrores.

—Empezaré por decir que mademoiselle Lespèce tiene veinticuatro años... confesados y efectivos. En toda su vida no ha tenido más que tres novios..., también confesados y efectivos, los tres bastante feos, porque he aquí que a mademoiselle le empalagan los hombres guapos, a excepción, naturalmente, del inefable M. Pochard. Sin duda, mademoiselle tiene muy pocos encantos personales porque es lo cierto que los tres novios la han plantado gentilmente a los pocos meses de relaciones. Ahora bien; mademoiselle Lespèce es una muchacha razonablemente sensual, por lo que no está dispuesta a morir virgen. ¡Ah, eso, no! En su vista, ha tomado una resolución heroica: no esperar más que hasta los veintiocho años. El día que mademoiselle Lespèce cumpla veintiocho años se ofrecerá a todo hombre que le guste. Pero sin encubrimientos ni disimulos. Saldrá de su casa, encontrará a un hombre practicable y le disparará esta rendida interrogación: «Monsieur, ¿tiene usted inconveniente en hacer el amor con una servidora?» He aquí, señoras y señores, el triste y, al mismo tiempo, divertido caso de mademoiselle Lespèce.

Holgorio imponente... Risas, palmadas, exclamaciones. Y la soberana cínica saluda con frágiles reverencias de minueto.

—¿Te diviertes?—preguntó Ivonne a Edouard.

—Lo indecible. Me hace realmente feliz esta muchacha.

—¿No bailas? Todas te están deseando.

—Entonces, para mortificarlas, bailaré contigo.

Se perdieron en el ancho círculo giratorio de los bailarines, y ya es de suponer que en el corro se comentaría la interesante pareja que formaban *Maitre* Esménard y la *bru*.

Una joven expresó su admiración por el suegro con toda sencillez.

—Es muy guapo. Y un perfecto hombre de mundo.

Mademoiselle Lespèce, desde luego, fué mucho más rotunda y categórica.

Y dirigiéndose a Jean:

—Tengo el gusto de participarle que, a pesar de mi afición a los feos, me gusta de manera alarmante su señor padre de usted. El ideal sería tropezarme con él el día que yo cumpla mis famosos veintiocho años. ¿Qué opina usted de mis probabilidades de éxito?

Todos temían—y ansiaban—una procacidad de

la desenfadada joven acerca de lo gustosa que parecía Ivonne en los fuertes y musculosos brazos de su suegro. Crudeza que, en efecto, no se dejó esperar.

—Monsieur Jean, si yo fuera el marido de una mujer tan bella como la suya, tendría celos hasta de mi mismo padre.

Jean, desconcertado, se mordió su insignificante bigotillo de roedor.

—Muy ingenioso, mademoiselle Lespèce—repuso.

Y ella, implacable:

—Por la réplica deduzco, M. Jean, lo que yo he pensado siempre: que usted y yo nunca hemos dejado de estar de acuerdo.

Entre un clamor de felicitaciones retornó la pareja, concluído el baile, algunas sutilmente emponzoñadas de intenciones equívocas.

—¡Una pareja ideal!

—Y completamente a la moda: la dama, joven, y el señor, maduro.

—Al lado de Ivonne, M. Esménard parece todo menos su suegro.

—Todo lo más su cuñado... Un hermano mayor de Jean.

Ivonne, sofocada, se colgó del brazo de su marido y aspiró a tranquilizarle con estas pobres palabras:

—¡Qué tontos son!

Volvió en esto el alcalde e invitó al alegre grupo a apurar unas copas de licor en su casa. Edouard parecía radiante de felicidad en medio de aquel ruidoso—y para él incansablemente lisonjero—círculo de muchachas. Todas le ofrecían de beber y él sabía componérselas galantemente para cumplir con todas.

La algazara fué en aumento. Alguien se sentó al piano y se organizó el coro, dirigido grotescamente por *Maitre* Edouard, utilizando a modo de batuta un descomunal tenedor de ensaladera.

Si tu passes
sur la place,
sur la place
de l'Opera...

Y fué un desfile, al cabo abrumador, de las últimas canciones de moda. Hasta que llegó un instante en que Ivonne, justamente alarmada ante el gesto desabrido y uraño de Jean, propuso al oído del suegro:

—Vámonos... Jean está sufriendo horriblemente. Yo le conozco... Vámonos.



ERO Edouard no estaba para hacer caso de la prudente advertencia. Alegre, trepidante, eufórico, en aquellos gloriosos momentos se olvidaba de todo. Era un diluvio implacable—y para él dulcísimo—de elogios a su talento, de exaltaciones a lo justificado de su reputación... Y, algo más fuerte que su voluntad y que la solidez de su indudable inteligencia, su vanidad le entregaba, desarmado, al incienso llano, terminante y desvanecedor de aquel medio rural...

—¡Señores, ahora convido yo! Podemos ir a la pastelería.

Protesta general. Imposible... Protesta justificada con el eterno tópico pueblerino de que los forasteros lo tienen todo pagado.

Un joven, bastante huero de caletre, era el más contumaz en el recusamiento de la inaudita oferta.

—Monsieur Esménard, no insista usted que nos ofenderíamos todos. ¡No faltaba más! ¡Y un forastero de su categoría! Monsieur Esménard, lo siento mucho, pero hay que sacrificarse.

Lo lamentable era que el forastero, con toda su categoría, recompensaba la empalagosa oficiosidad del pollastre con un desdén olímpico. Aunque también perfectamente inútil, porque el desdeñado, con tal de considerarse amigo del ilustre huésped, daba todo su desdén por muy bien empleado. Pero, por su parte, Edouard tampoco cejaba, con una insistencia que podía considerarse como denuncia veraz de un principio de embriaguez.

Y, al fin, pudo más que todos, arrastrando a la excitada bulla a la pastelería. Bien es verdad que el señor alcalde tranquilizó la conciencia indígena con la advertencia de que tampoco sería correcto—*pas tout a fait poli*—negarse sistemáticamente a todas las invitaciones del forastero.

Ivonne no sabía qué inventar para decidirle a volver a Apremont. Porque, contra lo que era razonable esperar, la fiesta no acabó en la pastelería—si bien en ella se despidieron muchos concurrentes—. Luego se organizó como un devoto recorrido de báquicas estaciones, y aun con alguna que otra reiteración de templos ya visitados. Temía además Ivonne que la contenida cólera de Jean explotara por modo tan violento que significara un escándalo delante de todos.

Ya había llegado hasta ella la protesta, con sordina aún, del indignado esposo:

—¡Es una vergüenza! Se está poniendo en ridículo y nos está poniendo a todos.

Ella, para no empeorar la situación, trató de disculparle.

—No hagas caso. Lo está pasando muy bien... Puede que haya bebido un poco más de lo prudente... como todo el mundo.

Disculpa que a él le irritó más.

—¡Ya sabía yo que tú le defenderías siempre! Pues bien; por mi parte se acabó. Si no viene ahora mismo, nos vamos sin él.

Afortunadamente, Edouard empezaba también a «tener bastante». Y en casa de M. Bidart, estación definitivamente última, fueron apurados los últimos «petits verres» y formuladas las postreras despedidas.

* * *

En el auto, de regreso de Apremont, Edouard reía, cantaba y discurría con una incoherencia tan lastimosa como expresiva.

Si j'avais su evidement,
j'aurais agi tout autrement,
j'aurais pu deviner
que ça pouvait mal tourner...

—Mi querido hijo está avergonzado de su padre. ¡Mi querido hijo, resueltamente, es hombre de un humor detestable! Menos mal que tiene una

mujercita encantadora que me hace olvidar al aguafiestas de mi querido hijo.

A punto de estallar, el hijo se contuvo, y dióse por satisfecho con esta vehemente réplica:

—¡Lo que sí podías haber hecho era no confundir una fiesta de pueblo con una juerga de París!

Edouard se encogió de hombros y cerró el capítulo de las desavenencias familiares con esta feroz respuesta cambroniana:

—*Tu m'emm... mon cher enfant!*

Apenas llegaron a casa, Jean, con unas estrictas «Buenas noches», subió a su cuarto. Nuera y suegro quedaron abajo, en el comedor.

—Es tremendo... Empieza uno a beber... ¿Sabes que tengo sed todavía?

De nada sirvieron los buenos consejos de Ivonne. Siguió bebiendo y, al cabo, se empeñó en que ella le acompañara en su incontinencia.

—Una copita nada más. María Brizard, por ejemplo... ¡Ideal para señoras!

Como ella se negara, él avanzó unos pasos, llevando en alto una copa servida.

—¿No quieres? Mira, la mitad yo...

Ivonne huyó girando alrededor de la mesa.

—¡No! ¡No quiero!

—¿No quieres porque yo he bebido antes?

—¡No quiero, sencillamente!

—¡Que te alcanzo!

—¡Déjame!

La alcanzó, en efecto, y se entabló una breve lucha.

—¡Bebe!

La tenía dominada. Ahora le alzaba el mentón y le acercaba la copa a los labios.

Bebió a la fuerza. No sólo por la superioridad física del adversario, sino, apremiada también, por la necesidad de romper cuanto antes aquella vigorosa y estrecha cadena de los brazos del suegro.

De pronto apareció Jean, el rostro demudado, prietos los puños.

—¡No tenéis derecho a armar este escándalo a las tantas de la noche! ¿Es que, decididamente, os habéis vuelto locos? Ivonne, sube ahora mismo. Tenemos que hablar.

Al quedar solo el padre, se dejó caer, vacilando, en una butaca, y mesándose los cabellos, con dedos trémulos y hormigueantes de borracho, exclamó:

—*O, mon Dieu, mon Dieu, comme il est bête!*





En la estación de Bayona, mientras esperaban el tren que había de conducirlos a Apremont, Edouard se fijó en el semblante sombrío de Ivonne.

—¿Qué te pasa? ¿Te has puesto triste de pronto?

Ella afirmó dulcemente:

—Sí...

Y, desde entonces, hasta un buen rato después, él guardó silencio, como respetando el apesadumbrado ensimismamiento de la nuera. Cogidos del brazo hicieron tiempo paseando incansablemente por el andén.

Era domingo. Acababan de llegar de San Sebastián, en donde habían pasado el día, atraídos por el estímulo de una gran corrida de toros. A Ivonne la jornada le había dejado una impresión acre, algo así como un fuerte y áspero sabor de

boca. En realidad, estaba arrepentida de la excursión. Jean no había querido ir, pretextando un vago trabajo extraordinario en la *minoterie,* sin contar su repugnancia por la bárbara fiesta española. En otras circunstancias ella hubiera renunciado. Pero su convicción de que la negativa de Jean era un aspecto de su franca actitud hostil respecto a su padre, despertó en su espíritu algo así como una complacencia irritada en contrariar al marido.

Había sido un día de terribles excitaciones mentales. Por vez primera le había complacido el feroz espectáculo de la *course*. A varias había asistido en Bayona y siempre había salido horrorizada de su crueldad, y siempre firmemente resuelta a no volver. Y, no obstante, aquella vez, la corrida de San Sebastián había despertado en ella no sabía qué profundos e insospechados instintos de voluptuosidad y de sangre. Acaso su complacencia—por ella calificada francamente de morbosa—había sido un reflejo del entusiasmo de Edouard, que reputaba el espectáculo de una belleza soberana y deslumbrante, propio de un pueblo fuerte y bravo, de sensibilidad vigorosa y equilibrada... Con todo ello, a decir verdad, el abogado se denunciaba generosamente nutrido en su apreciación con los reiterados tópicos de los encantadores críticos taurinos de la Prensa meridional de Francia.

La jornada, en fin, en su totalidad, suscitaba en Ivonne—ahora, quizás también por el agotamiento



¡Una pareja ideal!

físico del retorno—sombras larvadas de remordimiento. De un remordimiento impreciso, como forjado a costa de riesgos, de posibilidades de culpa... Habían almorzado en Igueldo, dominando desde la terraza el soberbio mar indomable.

En aquellos instantes se sintió otra mujer, animada por una alegría trepidante y por una extraña sensación de espíritu evadido, de responsabilidad liberada. ¡Momentos radiantes de olvido absoluto, arrobada, enajenada casi, por el verbo abundoso y brillantísimo del suegro, que hasta parecía dejar de serlo para convertirse en un extraño, o, por lo menos, en un hombre desligado de todo vínculo familiar con ella, en un caballero de irreprochable cortesía, que le contaba historias pintorescas y deliciosamente atrevidas del mundo literario y artístico de París!

Sobre todo, hallaba en Edouard un interlocutor imponderable para temas selectos, acerca de los cuales Jean representaba la suprema desatención y el supremo desvío. Además, había reído de muy buena gana ante la tan inesperada como insincera actitud de moralista escandalizado que había asumido Edouard al final de la charla.

—Francia está podrida. Acuérdate de los horrores de mademoiselle Lespèce... Lo mismo podría contar de todos los pueblos de Francia, de las comunas más humildes. Figúrate lo que será París, cogollo de toda esta podredumbre. Hasta ahora, los malos instintos, la baja sensualidad, no se

atrevía a salir del libro, de la hoja impresa, que aunque se expande mucho, llega a cada uno como individualmente, por conducto distinto. Ahora ha invadido el teatro. Las piezas de más éxito giran siempre alrededor de un tema sensual. En *Le Venin,* de Bernstein, dos amantes están haciendo el amor casi continuamente ante nuestros ojos durante los tres actos. Se aman, se odian, se insultan, se golpean. Quítale a *Maya* el veneno de su morbosidad y ya puedes decir que le has quitado la razón de su gran éxito de público. *La prisionera,* con su turbio secreto de invertidas... *Le cocu magnifique,* que muy bien podría titularse *El placer de ser cornudo...*

Y, en seguida, surgió el francés tradicional, deduciendo una excelencia de los mismos defectos de la patria.

—Bien es verdad que la sensualidad es el gran tema de nuestra época. En Alemania está de moda la tesis de que al hombre y a la mujer se les debe enseñar a hacer el amor desde los catorce años. No falta quien defienda la idea de que en los internados deben entrar de vez en cuando personas del sexo contrario para calmar las ansias juveniles de los escolares. El sexo se erige como órgano esencial de nuestras alegrías y de nuestras tristezas. Francia, lógicamente, ha sido la primera en aprehender esta realidad indudable de nuestro tiempo. Y como, por fortuna para el mundo, no es asustadiza, lo estudia y lo trata a la luz del día.

El hubiera seguido hablando interminablemente si ella, muy hábil, no hubiera desviado la conversación. No por mogigatería. Sino sencillamente porque él empezaba a ponerse pedante y ella le prefería contando historias y *potins* de los bulevares.

En general, la impresión del día era alarmantemente perturbadora. Aquella charla sobre temas que a ella—incansable, infatigable lectora, por afición y por fastidio—tanto le habían interesado siempre, dijérase que la raptaba de su humilde y silencioso rincón pueblerino, que ahora, sin duda, se le haría más apartado y más insoportable.

Pero había ocurrido algo entre los dos que era lo que ella menos se perdonaba. La noche de la fiesta de Torville, al regresar a casa, Jean los había sorprendido luchando mientras ella se negaba a tomar una copa de licor. Jean le había dicho a ella imperativamente que subiera, que tenían que hablar. Pues bien; Edouard, u obedeciendo a un propósito deliberado, o porque, en su embriaguez, no hubiera oído las palabras de Jean, no preguntó después a Ivonne qué le había dicho su hijo para justificar aquella citación tan inesperada y apremiante. Desde el siguiente día, Ivonne se sentía inclinada a participar a Edouard el diálogo que, forzosamente, tuvo que sostener con su marido. Pero como deseaba que partiese de él la interrogación y él, por una razón o por otra, no la formulaba, ella logró dominar sus ansias comunicativas.

Sin embargo, aquel día, el de la excursión a San Sebastián... Fué como un prurito de confidencia perfectamente irresistible. Prurito engendrado, ¿por qué causa? No lo sabía. Quizás porque la charla de Edouard ya suponía un modo de confidencia, pues, indudablemente, delante de Jean nunca hubiera hablado a su nuera por modo tan franco, desnudo y expeditivo... Lo único que a su espíritu aparecía con claridad meridiana era la imposibilidad de seguir callando. Y hubo de decírselo todo, en un afán subconsciente de establecer entre los dos una especie de vaga complicidad... El la escuchaba encantado, quizás con un punto de turbación.

—¡Increíble! ¡Increíble!—repetía.

Y así interminablemente, refiriéndose al absurdo de que su hijo tuviera celos de él, de su propio padre.

Ella le acompañaba, lógicamente, en sus demostraciones de asombro.

—Yo no sé... Creí morir de vergüenza... ¡Celos de ti! Hasta llegó a decirme que yo me complazco en irritarle a él coqueteando contigo... ¿Tú concibes?... Tienes razón... Está loco... Está loco...

Y ocurrió que, paseando por el andén de la estación de Bayona, volvieron a hablar de la actitud incomprensible, demente, de Jean. Y como la conversación les apasionaba, pese a sus reiteradas protestas de que el caso era tan anormal e increíble que dos personas razonables no tenían que preocuparse de ello para nada, ocurrió también que, en el entusiasmo de la charla, no vieron llegar, ni siquiera partir, al tren que debía conducirlos a Apremont.

A Ivonne le contrariaba seriamente el percance.

—¿Qué hacemos ahora?

—Lo único posible: entrar en Bayona y tomar un auto.

—Sí, claro... Pero, de cualquier manera... Jean nos estará esperando en la estación. ¡Qué disgusto! Ya le conoces... Y después de lo ocurrido...

En la misma parada de taxis de la explanada de la estación tomaron un coche. Pero he aquí que Edouard dió esta dirección al chofer:

—¡A Biarritz!

Ivonne quedó perpleja.

—¿Estás loco?

—Lo que estoy es indignado contra ese hijo mío. Como le hagamos el menor caso terminaremos por sentirnos culpables. Hace una noche hermosísima. De aquí a Biarritz... total, unos minutos. De Biarritz a Apremont, a buena marcha, con hora y media tenemos de sobra.

—No. No conseguiremos más que empeorar la situación.

No obstante, Ivonne se dejó llevar. Era como un modo de castigar la sospecha inconcebible del marido estúpido... La protesta de todo su ser contra aquella suposición monstruosa dijérase que se apaciguaba infringiendo al culpable aquella mortificación... Lo imaginaba pálido, demudado de pavor y de cólera volviendo a casa después de la terrible sorpresa de no verlos bajar del tren. Y hasta dijérase que se complacía figurándoselo concibiendo las suposiciones más desatinadas, el logro más irreparable.

Llegaron a Biarritz, en donde se detuvieron sólo unos minutos. En realidad, el único designio de Edouard había sido retardar lo más posible el enfrontamiento ineludible del retorno. Ivonne no quiso bajar del taxis para no perder tiempo. El se

apeó un instante, bebió algo en un bar y volvió a subir.

No podía ocultarlo. Estaba nervioso. Temía y deseaba llegar a casa.

—¡No se lo perdono! ¡No se lo perdono!—repetía—. Ya no es posible... Ha creado entre los tres una situación violentísima. Tendré que marcharme. ¡Ese hijo mío! ¡Ese hijo mío! No me cabe duda. Es un enfermo. Un enfermo de envidia... De la envidia peor que se puede sentir: envidia de lo que no se desea, envidia de lo que no importa, envidia de lo que nos tiene sin cuidado... No envidia mi vida de París, ni los halagos que yo pueda deducir de un nombre prestigioso, bien o mal merecido, eso es aparte... El es feliz en su Apremont, en su fábrica, en su hogar, con una mujer como tú, que es lo primero que no se merece... Lo único que envidia, lo único que no perdona, es el hecho de que los demás sean también felices... Más aún: el sólo hecho de que los otros no tengan razón ninguna para sentirse desgraciados...

Ella no disimulando su malestar y él disimulándolo inútilmente, llegaron a Apremont. Les abrió la criada. Ivonne se apresuró a preguntar:

—¿Dónde está el señor?

—En su despacho, señora.

Habían entrado por el jardín. A través de la ventana abierta vió Ivonne a Jean bajo la pantalla verde de la lámpara portátil. Lo que más la ator-

mentaba era su seguridad de que iba a presentarse ante él con una odiosa apariencia—indominable—de perturbación. Pero, ¿qué hacer? Era algo que no dependía de su voluntad. Se sentía indóciles, tirantes, inflexibles, los rasgos del rostro.

—¡Figúrate qué contrariedad!—fueron sus primeras palabras—. ¡Hemos perdido el tren! Y de la manera más estúpida...

Ya no pudo rectificar su torpeza. Y hubo de seguir:

—Nada... Estábamos paseando en la estación de Bayona... Esperando el tren... Y sin saber cómo, charla que te charla... Cuando quisimos darnos cuenta, el tren se había ido.

En aquel momento entraba Edouard en el despacho. Y bromeando dijo:

—¿Qué? ¿Nos vas a reñir mucho?

Y estas fueron las únicas palabras hasta la inesperada agresión verbal del hijo, quien, levantándose, las manos en los bolsillos del pantalón, curvado el busto, profirió, dirigiéndose a Edouard:

—¡Mal padre! ¡Mal padre! ¡Confiésalo de una vez! ¡No te importa siquiera que se trate de la mujer de tu hijo!

Edouard vaciló un momento. Pero se rehizo en seguida y contestó serenamente:

—Perdona, hijo mío... ¡Mucho te compadecía, pero nunca llegué a suponer que debiera compadecerte tanto!

Y dirigiéndose a ella:

—Adiós, Ivonne...

Ella no sabía qué hacer. Ni se atrevía a preguntar el significado—que suponía—de aquella despedida inesperada.

Edouard salió del despacho e Ivonne le sintió atravesar el jardín.

—Que se marche—murmuró Jean—. ¡No debiera haber puesto nunca los pies en esta casa! La culpa será de quién sea, pero con ese hombre aquí todos hubiéramos acabado por enloquecer...





NA semana había transcurrido desde la partida del padre. Ivonne y Jean había roto toda comunicación. Dormían en habitaciones separadas, y él procuraba no acudir a las horas habituales del yantar.

Pero aquel domingo precisamente, al cumplirse el septenario de incomunicación y silencio, cuando Ivonne acababa de recogerse en la alcoba, entró en ella el marido.

—Creo que ya es hora de acabar con esta situación... Es la primera vez que nos ocurre algo semejante en nuestra vida de casados.

Y ella, por toda respuesta:

—Vete. Sal de aquí. Hazme el favor.

Venía a buscarla—lo advertía ella claramente—espoleado por un apetito sensual. Acaso, también, pero en proporción mucho menos considerable, ante la imposibilidad de mantenerse firme

en su propósito de que fuera ella la que iniciara la reconciliación. Más, por lo tanto, que el reconocimiento de la derrota de su amor propio, le impulsaba una apetencia física irresistible.

Por eso supo hacer oídos sordos a la fría e inexorable respuesta de la esposa.

—Ya estás satisfecha... Soy yo quien vengo a pedirte paz... No te pido perdón, porque creo no haberte ofendido en nada.

Ivonne guardó silencio.

—¿Tú crees que fuí injusto con mi padre?

—Lo que creo es que no debemos volver a hablar del asunto.

—No hay más remedio. Yo necesito justificarme. Yo no soy un insensato, aunque tú te empeñes en creerlo. Aquellas ironías de mademoiselle Lespèce me cegaron... Y si hubiera sido ella sola... Pero tú, sin duda, no sabes que todo Apremont no se ocupa sino de vosotros... Les faltaba, por lo visto, hacía tiempo un gran escándalo que comentar, y esta vez yo he sido la víctima. Reconoce que tú también debiste darte cuenta...: ¿Por qué fuiste el domingo con él a San Sebastián?

—¿Por qué no viniste tú con nosotros?

—Por lo que fuera. Eso es lo de menos. A ti debió bastarte el hecho de que yo no pudiera o no quisiera ir.

—Yo también estaba avergonzada...

—¿Tú? ¿De qué?

—De tu hostilidad hacia tu padre. ¿No te da-



Desde la terraza dominábase el mar

bas cuenta tú tampoco de que esa actitud era a mí a quien más ofendía?

Y así siguió el combate de reproches, en el que ambos—paradoja perfectamente comprensible—parecían complacerse. Pero él insistía por modo especial en el reconocimiento de las prendas personales del padre, como en un hondo designio de arrancar a la esposa una confesión.

—Ya sé que yo era el único que nada tenía que temer de la reputación de mi padre. Pero tampoco puedo negar que esa reputación me es odiosa. Quizás porque le reconozco en posesión de ese secreto que hombres como yo no poseeremos nunca: el secreto de agradar a las mujeres. Ya lo has visto... En Apremont todas las mujeres hablaban de él... En Torville le bastó una noche para captarse la admiración de todas...

Pero no sabía que su propósito de arrancar una confesión a la esposa le arrastraría, inconscientemente, a ser él quien la hiciera.

—Ahora sí te pido perdón... Te soy franco. Para mí la estancia de mi padre entre nosotros era algo que perturbaba mi tranquilidad, mi absoluta tranquilidad respecto a ti. Yo siempre he tenido la sensación de que te he logrado sin merecerte. Por tus aficiones, tu inteligencia, tu sensibilidad, tú parecías estar destinada a otro hombre. Porque yo no podía ser, en manera alguna, el hombre que satisficiera esas necesidades de tu espíritu, con mi carácter, mi mal carácter, si quieres... tan

preocupado siempre de mis asuntos, de mis negocios, tan refractario a todas esas pequeñas evasiones espirituales, a ese mínimum de frivolidad que hacen el encanto de la mayoría de las mujeres... Pero llegó un momento en que me consideré, a este respecto, absolutamente tranquilo. Y es que creí, no que te habían resignado a la realidad de que eras mi mujer, sino que esta realidad te llegó a parecer perfectamente tolerable... ¿Comprendes ahora? Mi padre, entonces, tenía que parecerme el perturbador porque, aun sin él proponérselo, tenía que recordarte que tus ensueños, tus aspiraciones de mujer, eran, en cierto modo, legítimos, ya que él tenía que encarnar para ti el tipo de hombre que yo no puedo ser, el tipo de hombre que tú hubieras querido que yo fuera...

Y en aquel instante advirtió lágrimas en los ojos de la esposa. Prudentemente, quizás con una prudencia que le salvó de una revelación irreparable, renunció a indagar los motivos del llanto...

En cambio, furiosa, arrebatadamente, la besó en la boca.

Y ella se dejó besar...

FIN

LA NOVELA SUGESTIVA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

UNIÓN POSTAL	OTROS PAÍSES
Año..... Pts. 24	Año..... Pts. 40
Semestre » 12	Semestre » 24

PAGO ANTICIPADO

Los números atrasados se venden al mismo precio que los corrientes

Para reclamaciones por deficiencias de servicio, diríjanse a

PRENSA MODERNA

Apartado 8.012

MADRID

LEA USTED

LA NOVELA FAMOSA

Publicación quincenal

UNA PESETA